

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

DOMINGO II DE PASCUA

La **Primera lectura** nos muestra a los discípulos con fortaleza, con convicciones fuertes y muy decididos en su acción.

Son los mismos hombres que en los Evangelios aparecían débiles, dubitativos y temerosos.

¿Qué ha pasado, porqué han cambiado tanto?

En el medio está la experiencia de que Cristo está resucitado. De que Cristo no es un muerto ilustre, que no quedó retenido por los lazos de la muerte. Que Él abrazó voluntariamente la muerte y la ahogó, la dejó sin su fuerza.

Esa experiencia del Resucitado los llenó de gracia a los discípulos. Es decir, los llenó de comunión con Dios y por ello los llenó de vida.

Los discípulos, los que aprendían del Señor, ahora son apóstoles: enviados suyos. Aparecen ahora con fortaleza para:

- a) predicar el Nombre del Señor que salva,
- b) reunirse como Iglesia y cobrar identidad,
- c) celebrar los misterios de la salvación,
- d) servir unos las necesidades de los otros, para que nadie sufra exclusión y abandono.

Desde esta práctica eclesial, la **segunda lectura** reconoce en el centro de la identidad cristiana el doble amor: a Dios y al prójimo, sin que se puedan separar.

El espiritualismo, que piensa que ama a Dios porque no se vincula comprometidamente con nadie, no es una espiritualidad cristiana.

El horizontalismo de una preocupación humanitaria sin Dios es débil en sus raíces, carece de una comprensión integral del hombre y condiciona su praxis sin esperanza.

La experiencia del Resucitado y la primera práctica apostólica constituyen el núcleo fundacional del cristianismo. Ahí están la fe y la praxis normativa para los que venimos luego.

Por ello la Iglesia se llama no sólo católica (universal) sino *apostólica*: porque está basada en la fe y en la práctica de los apóstoles.

El núcleo de la Tradición nos entrega esta praxis de identidad y fuente de vida.

Cuando en el **Evangelio** Jesús dice: "*felices los que crean sin haber visto*", nos incluye a nosotros. Ahí entramos todos los que no participamos de los acontecimientos evangélicos posteriores a la resurrección, los que no integramos la generación apostólica.

Nuestra fe es respuesta a la predicación y a la experiencia que mantiene la Iglesia por la entrega (la tradición) ininterrumpida desde los apóstoles.

Nos pertenece la gratitud con esa trama de creyentes y apóstoles de múltiples iniciativas, de grandes victorias de santidad sobre su debilidad de pecado: la trama histórica de la Iglesia que sostiene el Espíritu Santo. Aquí pertenecemos y aquí vivimos.

En esta corriente de vida nosotros recibimos la gracia que también nos da fortaleza:

para escuchar la Palabra y practicar la conversión continua,

para discernir los acontecimientos según el Espíritu Santo,

para dar el testimonio de la Palabra y de la vida,

para la celebración de los misterios y

para el servicio de la caridad mutua.

Esta tradición y esta gracia son siempre obra de la misericordia. Nada recibimos por un inicial mérito nuestro.

Todo es don gratuito.

Como lo fue para todos los discípulos transformados en apóstoles. También para el atribulado Tomás, al que le costó creer. El que en su conversión nos legó esa exclamación (Señor mío, Dios mío) que se ha vuelto jaculatoria en nuestros labios.

Convocados por la **oración colecta**, desde estas lecturas, pidamos hoy al Señor de la Misericordia la gracia de comprender mejor quiénes somos:

- Tener memoria presente de nuestra identidad
- Tener criterio para discernir en las palabras y en los acontecimientos que nos llegan aquello que viene del Espíritu
- Tener memoria activa de nuestra realización en el testimonio, la celebración y el servicio.

P. Raúl Méndez